



UN HOMBRE PARA RECORDAR

Recordar” a Manolo es hacer realidad lo que esta palabra significa: “volver a pasar por el corazón.” No es fácil expresar lo que el corazón siente por un amigo a quien conocí hace veinte años en una peregrinación al Cobre, apenas llegado yo a Cuba.

Pero no quiero defraudar a quien me ha pedido unas palabras sobre él.

Puedo afirmar que Manolo fue, como Jesús de Nazareth, “un hombre para los demás”.

. Lo fue para la familia que él fundó. Su esposa, hijos y nietos guardan con veneración su imagen de esposo fiel, encantador abuelo y padre tierno, afable, preocupado, a veces exigente, pero siempre cordial y comprensivo. Ellos pueden contar sabrosos y emocionantes testimonios de su vida ejemplar.

.Hombre de Iglesia y al servicio de la Iglesia. La parroquia de Los Pasionistas de la Víbora es testigo de su entrega al apostolado, de su disposición a colaborar en cuantas actividades pudiera tomar parte, además de la responsabilidad que él asumió con la Pastoral Familiar.

Fue fiel a sus convicciones incluso cuando le acarreaban la crítica y alguna vez el rechazo de otros fieles comprometidos a quienes molestaba su excesivo protagonismo. Necesitó gran dosis de valor y coraje para no desanimarse y seguir trabajando con gozo aceptando a todos y dando lo mejor de sí a la parroquia que amó ardientemente.

.Para la sociedad cubana. Trabajó con honradez y pericia profesional. Fue respetado, admirado y querido por sus jefes y compañeros y nunca tuvo problemas con ellos a pesar de que conocían su creencia religiosa que él jamás ocultó.

Su ideal, en el tiempo en que le conocí, era trabajar como un buen evangelizador, inspirador de una sociedad más humana y más fraterna, poniendo su carisma de laico cristiano al servicio de los más necesitados. Sus cualidades le hacían brillar en los actos públicos religiosos o sociales. Fue miembro de la Comisión Preparatoria del viaje a Cuba de S.S. Juan Pablo II.

.Un hombre para las familias cubanas. Lo fue a nivel parroquial primero y a nivel diocesano posteriormente. A la Pastoral Familiar dedicó su tiempo libre.

El Movimiento Familiar Cristiano (MFC) tuvo en él un guía certero y un animador constante. Convencido de que “Dios construye la casa”, a él Manolo acudía frecuentemente en oración.

¡Cuántas veces le vi al pie del Sagrario! ¿Razón? Habían faltado algunas parejas al encuentro de matrimonios y temía que él fuera la causa. Acudía a mí, entonces yo Asesor del M.F.C. para decirme: “Padre, hay que pensar en un retiro, tenemos que hacer presente a Jesús en la familia”. Ante su entusiasmo e insistencia no podía menos que caminar con su equipo en el servicio tan necesario e importante que se brindaba a las familias.

Manolo era pieza clave en las fiestas de Navidad que la parroquia organiza para toda la comunidad, y en otras muchas, pero era sobre todo muy exquisito en la preparación de las jornadas de la familia y en especial en las convivencias diocesanas de familias.

Nada le hacía detener. Recuerdo que, cuando ya los salones de Los Pasionistas resultaron pequeños por la cantidad de familias que participaban, se alistó a tocar otras puertas y así se realizaron convivencias en el Sanatorio de San Juan de Dios y en los jardines de La Ermita de los Catalanes, siempre estaba Manolo buscando comodidad para poder realizar una actividad familiar de “altura”, espacios perfectos para realizar una misa, un encuentro cultural y un compartir donde desde temprano Manolo y Charo ya estaban recibiendo a las familias de la ciudad y de los pueblos.

Manolo, como “nuevo Moisés” que ampara a su pueblo, pasaba por todos los grupos compartiendo e interesándose si algo faltaba. Disfrutaba con gozo las horas de la jornada, como vivía siempre la existencia. Pero su alegría no era fruto de cuidada evasión del sufrimiento. ¡No! Tenía su raíz en la experiencia gozosa de Dios como Padre acogedor. Por eso era el primero en atender a la familia con problemas de enfermedad, crisis o defunción.

De vez en cuando asomaba su temperamento fuerte, pero luchaba con ardor por controlarlo y cuando no lograba superarlo, sufría y al momento pedía disculpas: “estos brotes, decía, de mis raíces gallegas...”.

Recordar al amigo Manolo, es, sí, “volverlo a pasar por en corazón, pero para hacerle un sitio de honor en él. Nunca olvidaré su personalidad. No en vano trabajé con él durante tanto tiempo en el Movimiento Familiar Cristiano y la Pastoral Familiar.

Yo añoraba de él con ilusión muchos años más de vida al servicio de la Iglesia, y creo que lo mismo esperaban muchos de los que lo conocieron.

Pero Dios necesitaba también de su presencia en el cielo, un bienaventurado cubano que le ayudara en el gobierno para las familias ya que en la tierra se han multiplicado las dificultades de las mismas... Para que “el corazón de Cuba esté sano cuidando a sus familias”, según expresión del ya fallecido Papa Juan Pablo II, era conveniente que el corazón de Manolo estuviera en el cielo.

Doy gracias a Dios por el don que fue Manolo García para su hogar, para la sociedad, para la Iglesia y sobre todo para las familias.

Le doy gracias por la caridad que derramó a su alrededor, por la amistad con que nos honró, por la obra evangelizadora que desarrolló. Ojalá conservemos con gratitud la herencia que nos ha legado: un profundo amor a la Iglesia y a Cuba con un admirable celo apostólico para mantener los valores de la familia, hoy tan amenazados.

Mi vida itinerante de misionero me ha privado de conocer lo ocurrido en sus últimos días.

Por eso la noticia de su muerte, que la recibí en Violeta (Ciego de Ávila), ha sido sorpresiva y cruel. Pero estoy seguro que la Virgen María de la Caridad, a la que tanto amó, estuvo acompañándole en “su hora” y presentó su alma a Jesús.

Descanse en paz este humilde y admirable obrero de la Viña del Señor, cuya vida pueden resumir estos versos de un himno litúrgico:

Me di sin tender la mano
para cobrar el favor
me di en salud y en dolor
a todos y en tal suerte
que me ha encontrado la muerte...